

Susan Stewart

Tomo mi título de *El sofista* y me concentro en las contradicciones implícitas en la interdicción de Parménides: aquella que señala que no podemos pensar lo que no es. Como todos los argumentos de Sócrates, *El sofista* demuestra que es tan imposible no saber lo que uno sabe como saber lo que uno no sabe. Además, aprendemos que la violación de la interdicción de Parménides —pensar lo que no es— es la condición necesaria para ser y hablar. Esta violación es precisamente nuestra línea de trabajo, si admitimos que lo que hacemos tiene un aspecto diferido y uno práctico. Porque el ser y el hablar son imposibles, a menos que puedan ponerse juntos con algo más: el habla depende de la falsedad; el ser depende de lo no verdadero. En el centro de las disciplinas que estudian los lenguajes y las literaturas hay problemas de buena fe, la crítica de la mentira, y las condiciones del imaginar; consecuentemente, estas disciplinas deben tomar un lugar central en cualquier antropología histórica y dialéctica.

Pero ¿qué estatus tiene la interdicción en sí misma como un enunciado que a la vez prohíbe y autoriza? ¿Cómo damos cuenta de la aparición de una interdicción? ¿Cómo está esa explicación ya al servicio de la interdicción? ¿Cómo alteramos un campo de acción desde una interdicción que prohíbe actuar? Estas son las preguntas que emergen mientras pensamos en traspasar los límites disciplinarios.

Para examinarlas, debemos deshacer series de interdicciones que prohíben tales traspasos, las clases de interdicciones que aparecen como proscipciones tanto intelectuales como institucionales, y que nos recuerdan que, como la forma y el contenido, nuestro trabajo y sus bases institucionales no pueden ser considerados uno aparte del otro. Las interdicciones son las siguientes: no podemos acabar con la disciplina porque no hay disciplinas; no podemos acabar con la disciplina porque ya está acabada; no podemos acabar con la disciplina porque no quedará nada que hacer; no podemos acabar con la disciplina porque habrá demasiado que hacer. Cada uno de estos enunciados, como la interdicción de Parménides, está ya en otro lado; si la interdicción es siempre un enunciado que considera una relación entre un interior y un exterior que no parece venir de ninguna de ambas partes, es nuestra tarea colocar su otredad como un interés.

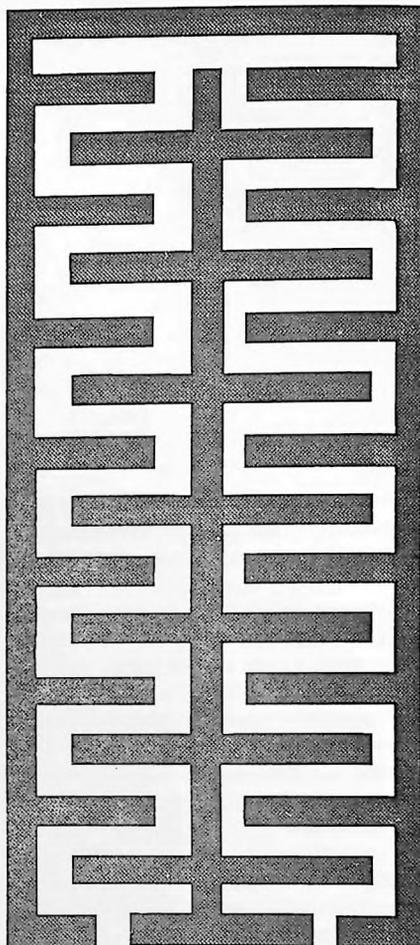
No podemos acabar con la disciplina porque no hay disciplinas. Quiero dirigirme a esta interdicción enseguida. Tan rápido, de hecho, que me preocupa haya algún motivo para ello, pues inmediatamente plantea, en este sentido, la contingencia bajo la cual algunas tareas parecen más inmediatas que otras. Siempre y exclusivamente hay disciplinas: el trabajo sólo es inteligible dentro de límites disciplinarios y esa limitación en sí misma sólo es inteligible porque se sostiene contra algo que no lo es. Desechar las disciplinas como si fueran cualquier cosa, sería simplemente invertir proyectos existentes, y así concretarlos, comprometiéndolos de esta manera en una especie de ingenuidad voluntaria o, quizá peor, en un silencio voluntario. En referencia a mis primeros comentarios, sería lo mismo que pretender no saber lo que uno sabe. Pero decir que siempre habrá disciplinas no significa que las ya existentes demanden permanentemente nuestra atención. Especialmente los administradores piensan a veces que los estudios interdisciplinarios pueden ser instituidos por autorización y que la estructura de la universidad puede ser simplemente remezclada, con la consecuente revoltura de mentalidades de un paradigma a otro. En su lugar, debemos darnos cuenta de que las disciplinas están cambiando siempre, y que no podemos separadamente obligarlas a cambiar. La idea es

que una disciplina se osifica y agoniza cuando todo lo que hace es concretar las categorías existentes del conocimiento, sosteniéndose en la ciencia normal, incluso cuando esa ciencia ya no es normal. Eventualmente, esta clase de concretización se transforma en un asunto de religión y prácticas cada vez más particularizadas.

Cuando echamos un vistazo a la historia de "nuestra disciplina" —y ahora este término se ha vuelto inestable, insista en él o no— vemos que los cambios en ella no son meramente de tópico; son, más bien, cambios efectuados en la metodología, reorganizando, por lo tanto, la red social del conocimiento, y resultando de ello nuevos objetos de conocimiento. Mi sospecha es que las disciplinas organizadas por materias serán menos productivas de tales objetos de conocimiento de lo que serán aquéllas organizadas por un conjunto de preguntas progresivas y métodos críticos. Las disciplinas son producidas por reglas que, dado que son puestas en práctica, son necesariamente transformacionales: lo que cambia una disciplina no está cambiando el tópico, pero sí la regla que es aplicada y opuesta a particularidades y contingencias. Los ejemplos obvios que acuden a mi mente son las cambiantes configuraciones en las ciencias humanas ocasionadas por los meta-sistemas de Freud, Marx y Darwin en el siglo diecinueve, y todas las consecuencias en el siglo veinte: estructuralismo, semiótica, fenomenología y postestructuralismo. Menos obvios son, quizá, los cismas resultantes de la escisión entre las lenguas clásicas y modernas, y entre la elocución y la literatura, que condujo a la formación de la Asociación de Lenguas Modernas (Graff, Graff y Gibbons). Que este cisma ha desaparecido lo atestigua la ambigüedad del mismo término *lenguas modernas*. ¿Qué representan en un sentido figurado las siglas de la asociación hoy en día? La respuesta puede ser engañosamente acumulativa: representan cualquier cosa que la gente que a ella pertenece esté haciendo. O pueden ser más sugestivamente agonísticas, connotando una esfera de contestación entre métodos.

La segunda de estas respuestas, que la disciplina es una esfera de contestación entre métodos, es correlativa con mi segunda interdicción: *No podemos acabar con la disciplina porque ya está acabada*. Hablar acerca de una crisis en la disciplina —como hablar acerca de alienación, mediación y condiciones similares— sucumbe a una prelapsaria noción de relaciones naturales. Más aún, es precisamente el meollo de una disciplina, particularmente cualquier disciplina de crítica, estar *siempre* en crisis; y así, predicciones o prescripciones de crisis tienden a naturalizar aquellas posiciones de éxtasis que la disciplina debería estar atacando. La alienación y la mediación son condiciones de la agencia. Una de las formas más sinceras de formular este problema se refleja en las consecuencias de la noción de Ferdinand de Saussure de la naturaleza arbitraria del signo.¹ Ahora es algo de moda proclamar que el signo no

Saussure es bastante claro en este punto: "... cada medio de expresión usado en la sociedad está basado, en principio, en el comportamiento colectivo o — lo que es lo mismo — en la convención. Las fórmulas de cortesía, por ejemplo, aunque a menudo imbuidas de una cierta expresividad natural (como en el caso de un chino que saluda a su emperador inclinándose nueve veces), son, sin embargo, fijadas por reglas; son las reglas y no el valor intrínseco de los gestos las que obligan a uno a usarlas. Los signos que son totalmente arbitrarios realizan mejor que otros el ideal del proceso semiológico. (...) lo individual no tiene el poder de cambiar un signo en ningún modo una vez que ha quedado establecido en la comunidad lingüística; quiero decir que éste (el signo) es inmovilizado, i.e. arbitrario en tanto que de hecho no tiene conexión natural con el significado", 68-69).



es arbitrario, que está históricamente determinado. Pero este argumento simplemente borra las bases de sus propios términos. La tesis de Saussure es que la arbitrariedad es la condición necesaria de la historia; una relación natural entre signo y cosa haría innecesaria la posibilidad misma de la historia. Y así, es hacer "historia" lo que permite la historia y el lenguaje, que se convierte en la esfera del quehacer humano. Ahora, decir que la disciplina ya está acabada es decir que alguna vez estuvo completa; es rechazar el considerarla como continuamente contradictoria y emergente. Incluso, esta retórica de la totalidad exige un discurso de la curación, la medicación y el remedio. Pero las disciplinas no están para ser curadas;

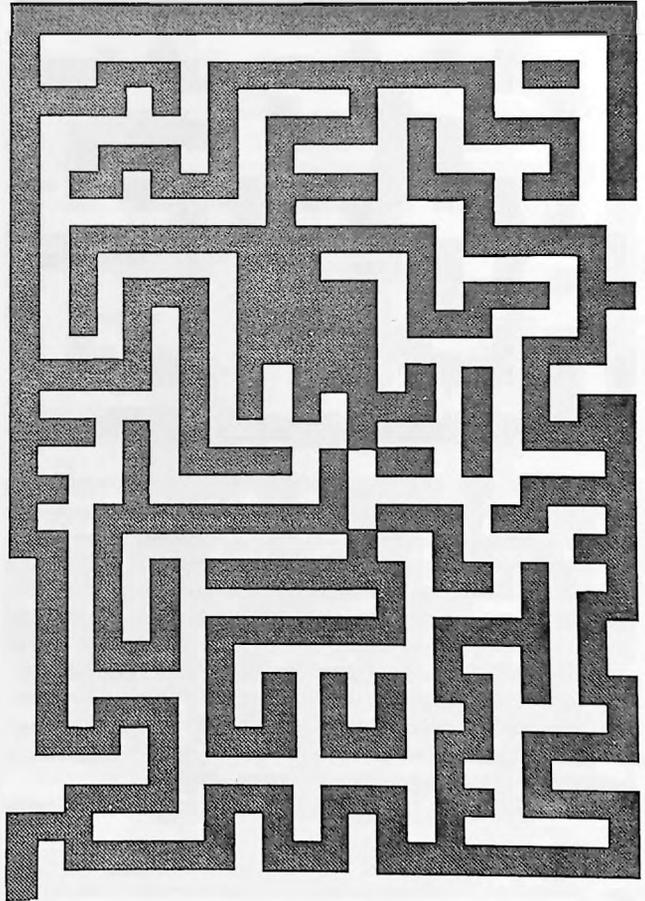
su objetivo no es cubrir las faltas y contradicciones del orden social, ni tampoco ignorar los inconmensurables aspectos de sus propias relaciones. Por lo tanto, la fusión de tales aspectos marcaría el cese de la disciplina.

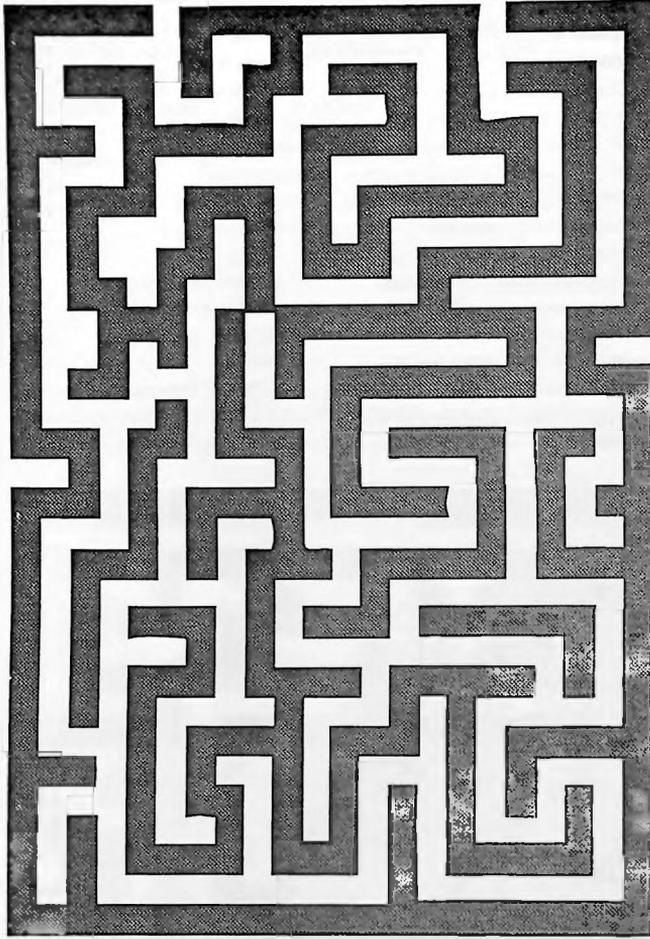
Esta conclusión nos lleva, no de modo sorprendente, a nuestra tercera interdicción: *No podemos acabar con la disciplina porque no quedará nada que hacer*. Esta prohibición, creo, descansa en dos nociones equivocadas. La primera es la idea de que nuestras actividades son parásitas, o, debiera decirlo, más parásitas que otro tipo de actividades; y la segunda es la noción de que uno puede separar las esferas del lenguaje: la literatura y la cultura, y entonces requerir su isomorfismo. Atenderé a cada una de estas nociones. La noción parasitaria de la crítica no puede reconocer que su tarea es crear nuevos objetos de conocimiento; que formulando una crítica estamos haciendo cultura, y que hacer cultura es siempre una forma de crítica. Tales nociones de primariedad y secundariedad están atadas a una similar visión problemática de la fidelidad en la representación que, como sabemos, y como nuestros estudiantes averiguarán, se restringe a particulares momentos y formas históricos, y sirve a particulares fines formales e históricos. Hacer teoría y hacer trabajo interdisciplinario son proyectos inseparables. El trabajo interdisciplinario nunca puede ser meramente descriptivo; primero que nada, porque la descripción es siempre prescripción privada de la conciencia temporal que la transforma de lo contingente a lo ético; segundo, porque la descripción siempre reinscribe la tautología de un objeto que ya conoce. No es sorprendente que en la arqueología, la genealogía, y más recientemente en la teoría psicoanalítica, la detección de fantasmas haya estado entre los más productivos métodos de investigación interdisciplinaria, puesto que involucra a la vez la escritura hacia y a través de, respectivamente, un espacio, un tiempo, una configuración de cuerpos y una transferencia entre la situación de la escritura y sus actividades. Ellos no preservan la forma de un objeto ya dado. En términos pedagógicos esto significa que nosotros enseñamos tópicos y problemas, mostrando cómo ellos son históricamente emergentes, ya sean continuos y transferibles, o no.

Y enseñamos un repertorio de prácticas de lectura y escritura que son inseparables como posibilidades formales de tales problemas, incluyendo una problematización de la verdadera noción de repertorio.

Estos métodos nos han hecho conscientes de que las prácticas escritas, incluyendo las prácticas pedagógicas, son el vehículo para la creación de nuevos objetos de conocimiento. Hay actualmente un irónico —supongo que temporal— contraste entre la antropología y la literatura a este respecto. En tanto que la antropología está comprometida en una revisión general de sus convenciones retóricas —si bien inspirada por una clase de versión utópica de la mimesis y un excesivo concepto especializado del texto— la literatura está girando hacia un modelo de estudios culturales formado por una orgánica y totalizadora noción de cultura (Clifford; Clifford y Marcus; Marcus y Cushman; Geertz).

Particularmente porque vivimos en el ámbito del Nuevo Mundo, y particularmente porque vivimos en una era de capitalismo multinacional, la adherencia a modelos imperiales de lenguas y literaturas





nacionales es, creo, un error. Debemos derribar la noción ascendente de que la literatura, el lenguaje y la cultura son niveles separados de análisis. Debemos ser capaces de explicar los significados diferenciales de nuestra aculturación dentro de las lenguas, para la estructuración de la identidad dentro de un orden intersubjetivo que está asimismo sujeto a la temporalidad. Y deberíamos ser capaces de explicar las poderosas formas en que el orden intersubjetivo establece y delimita las esferas de acción. Sólo un modo dialéctico de análisis, uno ligado a nociones de sincretismo y criollización, por ejemplo, puede dar cuenta del proceso cultural.² La tarea de una teoría crítica del lenguaje y la literatura no es concretar categorías existentes, sino trabajar a través de su formación ideológica, cuestionando las bases de su operación.

Si los estudios culturales son para producir una crítica del presente

² Appadurai y Breckenridge sugieren la noción de "cultura pública", definida como "zona de conflicto y diálogo", como alternativa a las visiones totalizadoras de la cultura. Ver también Hebdige.

o una predicción del pasado, deben hacerlo a través de la articulación de problemas; problemas referentes a prácticas cambiantes de representación, a la supresión, emergencia y contestación de formas culturales y a las políticas y estéticas de tales formas en sus especificidades. Y, siguiendo las críticas postestructuralistas de la subjetividad, el valor y el ornamento, los estudios culturales deben desarrollar nuevos objetos formales de crítica. Entre tales objetos pondría, por ejemplo, el vértigo, el aburrimiento, la repetición, el exceso, la velocidad, la inversión, la pasividad, la intensidad, la distracción y la monumentalidad.³

No puedo imaginar una situación en la cual pudiera haber más que hacer, pero tengo también la certidumbre de que mi visión está construida, a la vez sobredeterminada e indeterminadamente, como todas las visiones, por mi momento histórico. A mi entender, el trabajo interdisciplinario, tal como lo entendemos, no sólo nos libera de una noción parasitaria de representación, sino que además nos permite construir una crítica de los paradigmas históricos de representación. Específicamente, nos hace capaces de continuar explorando la continuidad entre las formas de la vida de todos los días y las formas del arte —un proyecto sugerido por Aristóteles, así como por Kenneth Burke y Henri Lefebvre—⁴ poniendo para ello las políticas de creación en alto relieve y vinculando tales esfuerzos como escritura creativa y teoría. Somos ahora testigos de un cambio en el paradigma de la vanguardia. El viejo modelo edípico de vanguardia organizado por generaciones, alterando un orden invertido de lo simbólico, ha llegado a su final como estrategia. El aspecto más radical del posmodernismo es su crítica a la temporalidad en sí misma: su exposición de los compromisos incompletos de la nostalgia; su reescritura de la historia de la contemplación y de la contemplación como historia; su articulación de la materialidad de lo psicoanalítico, y de aquí su exposición de la idealizada materialidad de lo racional; su crítica recíproca de lo cotidiano y lo monumental.

³ Tanto el libro de Virilio como el de Altairi pueden servir como modelos para tal trabajo.

⁴ Ver también Certeau y las discusiones de la vida cotidiana, y el trabajo de los situacionistas en Kaplan y Ross.

Llegamos así a la cuarta interdicción: *No podemos acabar con la disciplina porque habrá demasiado que hacer*. El problema con esta proscripción es que descansa en una noción excesivamente individualizada de lo que es el trabajo. Si concebimos nuestro trabajo como algo que hacemos juntos y uno en contra del otro, la carga de saber todo —la que de cualquier modo sólo pretendemos soportar— se aligera significativamente. Esta interdicción no puede ser un problema una vez que tenemos una noción de la universidad.

Concluyendo, quiero hacer hincapié en lo que esa noción puede ser. Hay un muy conmovedor y ahora a menudo citado⁵ pasaje en el pequeño ensayo de Charles Peirce titulado "Definición y función de la universidad". Discute aquí Peirce el vínculo entre pragmatismo, doctrina a la cual se adhieren sus primeros trabajos, y la estabilidad de la sociedad:

Escribí algunos artículos en apoyo a una doctrina que llamé pragmatismo, a saber, que el significado y la esencia de toda concepción yace en la aplicación que ésta ha de tener... Pero surge la pregunta: ¿cuál es la aplicación última?; en ese momento parece que he estado inclinado a subordinar la concepción al acto, el saber al hacer. La subsecuente experiencia de la vida me ha enseñado que la única cosa que es realmente deseable sin una razón de serlo, es ofrecer cosas e ideas razonables.

Ahora no es más nuestro trabajo sostener la estabilidad de disciplinas o categorías de lo que es sostener la estabilidad de la sociedad; este es, pienso, un buen trabajo para la policía. El trabajo que no sea capaz de criticar la función de la función estará trágicamente limitado; el trabajo que no pueda dar cuenta de un compromiso incompleto hacia el orden social y las diferencias incommensurables dentro de él, eventualmente, si no de inmediato, no tendrá nada que decir. Hay teorías que no tienen ejemplos, y este hecho puede mostrar la contingencia histórica bajo la cual ocurren todos los sucesos y la pragmática diferida de

todas las teorías. Por ejemplo, la teoría de la guerra nuclear es una que, asumo, no nos preocuparía implementar, y la teoría de la destrucción de categorías jerárquicas de intrinsicalidad —raza, género, clase— es una que no podemos, en la práctica, esperar más tiempo.⁶ Además, una teoría no es una forma viable de crítica simplemente porque es útil en la producción de indicadores, para nosotros, de tareas por hacer. Nuestras prácticas escritas deben ser verdaderamente opositivas con respecto no sólo a la intertextualidad de la historia literaria sino también a otros textos del discurso cultural. Nuestra actual batalla con la pedagogía del Estado —una pedagogía de buena ciudadanía en el orden simbólico y en el aprendizaje discrecional— señala nuestra salud, y aun se relaciona inextricablemente con las políticas de nuestra profesión, de lo que hacemos en el salón de clases a una insistencia en el gobierno de las facultades. Si no hacemos preguntas acerca de los fines últimos de la aplicación, así como de los fines últimos de la razón, nunca estaremos en posición de desempeñar un papel en la determinación de los fines últimos de la razón.

Aunque me he aplicado a mis cuatro interdicciones, otras, y necesariamente nuevas, otras interdicciones siempre aparecerán. Mientras escribía este artículo pensaba en la figura de un pizarrón. Me preguntaba cómo decido escribir algo en el pizarrón. Lo que decidí escribir es el nuevo objeto del conocimiento: el nuevo término, el nuevo nombre, la línea que lo conecta con el viejo término, o el anterior

⁶ Entre las críticas de intrinsicalidad que también ofrecen recuentos de los contextos históricos de la intrinsicalidad, ver Moi; Mitchell; Rose; Garfinkel; Szwed y Gates.



⁵ Entre los "antecedentes" de esta cita, ver Dorrída y los dos trabajos de Weber.

término sujeto a examen. Porque enseño en una universidad grande, a menudo no entiendo qué está en el pizarrón cuando entro, o reconozco los términos pero no la conexión, o alguien ha empezado a borrar lo escrito y, como con la metáfora del inconsciente freudiano como el pizarrón místico, algunos fragmentos todavía se me borran. A veces me gusta empezar mi clase explicando nuestra relación con lo que está ya en el pizarrón. O preguntando lo que significa y quién atiende cuando alguien escribe " por favor no borrar". Obviamente, todo esto es una metáfora de nuestro lópico, pero es también, creo, una metáfora de los comienzos de la metáfora, de la catacresis en la historia y del establecimiento de los cimientos de la inevitabilidad de un nuevo orden de cosas. Pero el pizarrón, recordamos, es además el sitio de una disciplina, un sitio donde las interdicciones son inscritas una y otra vez como una forma de castigo. El pizarrón no tiene nociones propias, sólo una historia: esta historia dual de trasgresión y castigo que es nuestra labor, escribir de principio a fin y de nueva cuenta.

Bibliografía

- Appadurai, Arjun, and Carol Breckenridge. "Why Public Culture?," *Public Culture, Bulletin of the Project for Transnational Cultural Studies* 1.1 (1988): 5-9.
- Attali, Jacques. *Noise: The Political Economy of Music*. Trans. Brian Massumi. Minneapolis: U of Minnesota P, 1985.
- Certeau, Michel de. *The Practice of Everyday Life*. Berkeley: U of California P, 1984.
- Clifford, James. "Part One: Discourses". *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature, and Art*. Cambridge: Harvard UP, 1988. 19-114.
- Clifford, James, and George Marcus. *Writing Culture: The Poetics and the Politics of Ethnography*. Berkeley: U of California P, 1986.
- Derrida, Jacques. "The Principle of Reason: The University in the Eyes of its Pupils." *Diacritics* 13.3 (1983): 3-20.
- Garfinkel, Harold. "Passing and the Managed Achievement of Sex Status in an Intersexed Person." *Studies in Ethnomethodology*. Englewood Cliffs: Prentice, 1967. 116-85.
- Gates, Henry Louis, ed. "Race," *Writing, and Difference*. Special issue of *Critical Inquiry* 12 (1985): 1-299. [For critical responses, see *Critical Inquiry* 13 (1986): 140-210].
- Geertz, Clifford. *Works and Lives: The Anthropologist as Author*. Stanford: Stanford UP, 1988.
- Graf, Gerald. *Professing Literature: An Institutional History*. Chicago: U of Chicago P, 1987.
- Graf, Gerald, and Reginald Gibbons, eds. *Criticism in the University*. Evanston: Northwestern UP, 1985.
- Hebdige, Dick. *Subculture: The Meaning of Style*. London: Methuen, 1979.
- Kaplan, Alice, and Kristin Ross, eds. *Everyday Life*. *Yale French Studies* 73 (1987): 1-260.
- Marcus, George. "Rethoric and the Ethnographic Genre in Anthropological Research." *Current Anthropology* 21 (1980): 507-70.

- Marcus, George, and Dick Cushman. "Ethnographies as Texts." *Annual Review of Anthropology* 11 (1982): 25-69.
- Mitchell, Juliet. "Introduction—I." Mitchell and Rose 1-26.
- Mitchell, Juliet, and Jacqueline Rose, eds. *Feminine Sexuality: Jacques Lacan and the Ecole Freudienne*. Trans. Jacqueline Rose. New York: Norton, 1985.
- Moi, Toril. *Sexual Textual Politics: Feminist Literary Theory*. London: Methuen, 1985.
- Peirce, Charles Sanders. "Definition and Function of a University." *Values in a Universe of Chance*. Ed. Philip Wiener. Garden City: Doubleday, 1958. 331-35.
- Plato. *The Sophist*. Pt. 2 of *The Being and the Beautiful*. Trans. and commentary Seth Benardete. Chicago: U of Chicago P, 1984.
- Rose, Jacqueline. "Introduction—II." Mitchell and Rose, 27-58.
- Saussure, Ferdinand de. *Course in General Linguistics*. Ed. Charles Bally and Albert Sechehaye in collab. Albert Readlinger. New York: McGraw-Hill, 1959.
- Szweid, John. "Race and the Embodiment of Culture." *The Body as a Medium of Expression*. Ed. Jonathan Benthall and Ted Polhemus. New York: Dutton, 1975. 253-70.
- Virilio, Paul. *Speed and Politics*. Trans. Mark Polizzotti. Foreign Agent Series. New York: Semiotext(e), 1986.
- Weber, Samuel. "Demarcations: Deconstruction, Institutionalism, Ambivalence." Working Paper 145. Series D. Urbino: Centro Internazionale di Semiotica e di Linguistica, Università di Urbino, June 1985.
- "The Limits of Professionalism." *Oxford Literary Review* 5.1-2 (1982): 59-79.

La autora es profesora de inglés en la Universidad Temple. Una versión de este artículo fue presentada en la convención de la MLA, (Asociación de Lenguas Modernas) de 1988, en Nueva Orleans y publicada en *Profession* 89.

